

CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

LA FUERZA DE SHECCID

Una novela de amor, juventud y ética

DERECHOS RESERVADOS



DIAMANTE

LA EDITORIAL DE LOS VALORES

ÍNDICE

1 ¿El trabajo? ¿Cuál trabajo?	7
2 ¡Te voy a enseñar!	12
3 Mario tomó agua de mar	15
4 Vaya que vienes decidido	20
5 Voy a recitar un poema para ti	26
6 Qué buena nalgada	30
7 Este número es muy importante	36
8 Una noche te atiende a ti y otra a mí	41
9 Sólo vine a cumplir conmigo misma	44
10 ¡Disfruta esta etapa!	47
11 ¡Fuera, he dicho!	51
12 Te traje la lente de Fred	57
13 ¿De modo que aspiras formar un harén?	62
14 La basura debe esperar	69
15 Estoy hartito de callar	75
16 ¿De qué sabor, cariño?	82
17 ¿Nadie baja del autobús?	88
18 No digan que no he sentido el amor porque los amo a ustedes	92

19 A “ya sabes quien” le ha picado un bicho raro	100
20 Ojalá no te hagan engordar	105
21 Eso es basura, tíralo por ahí	109
22 Vamos ¡pártanse la cara!	116
23 Defendí a una chica	122
24 No temo enfrentarme a un gallinero	126
25 Son los lomereros	131
26 Es una zorra	137
27 ¿Tú amas a mi abuelita?	140
28 No hagas esto más difícil	145
29 Eres una manipuladora	154
30 Te extrañaré	157
31 ¡Hasta fuimos esposos!	164
32 Hubiera preferido no decírtelo	171
33 Quizá presintió	176
34 Estás diciendo incoherencias otra vez	181
35 Sí y no, porque vive aquí	185

1

¿El trabajo? ¿Cuál trabajo?

Voy caminando sobre el pavimento mojado cuando un automóvil rojo se detiene junto a mí.

—¡Hey, amigo! —el conductor abre la ventana—. ¿Sabes dónde se encuentra la Escuela Tecnológica?

—Claro —contesto—, de allá vengo. Regresa por esa calle y después...

—No, no —me interrumpe—. Necesito que me lleves personalmente. Como un favor especial.

Titubeo un poco, aunque sé lo que debo contestar.

—Discúlpeme, pero lo más que puedo hacer es indicarle dónde está.

La ventanilla de atrás se abre y aparece el rostro de un compañero de mi salón.

—¡Ratón de biblioteca! No tengas miedo, sube al coche... El señor es profesor de biología y vende algunos productos para jóvenes. Quiere que lo llevemos a la escuela. Anímate. Acompáñame.

—¿Qué productos?

—Sube, no seas cobarde. Ya te explicará...

—Pe... pero tengo algo de prisa. ¿De qué se trata exactamente?

—Es largo de contar —interviene el hombre—; te interesará. Además, al terminar la demostración te daré algo de dinero.

Por la promesa económica, pero sobre todo por la evidente decencia del profesor de biología, la belleza del automóvil y la mirada confiada de mi compañero de escuela, accedo a subir.

Es impensable que un hombre tan pulcramente vestido y de tan fina expresión pueda tener malas intenciones. Cuando me percaté de mi error de apreciación ya es demasiado tarde.

Un viento helado silba en la ranura de la ventanilla haciendo revolotear mi ropa. Acciono la manija de la ventana pero ésta no se mueve. Está bloqueada.

—¿Cómo vas en la escuela?

—Pues bien... muy bien.

—No me digas que te gusta estudiar.

Lo miro a la cara. Conduce demasiado rápido, como si conociese perfectamente la colonia.

—Sí me gusta; ¿por qué lo pregunta?

—Eres hombre... supongo. Aunque te guste estudiar, piensa. Quizá no te gusta tanto y el trabajo que te voy a proponer es mucho más satisfactorio. Algo que le agradaría a cualquier hombre.

—¿El trabajo? ¿Cuál trabajo? ¿No es usted profesor? ¿No vende productos? Mire... la escuela es por allí.

—Ah, sí, sí, lo había olvidado, pero no te preocupes, conozco el camino.

Percibo un sudor frío. “¡Estúpido!”, me repito una y otra vez. He sido engañado fácilmente. Me doy la vuelta en el asiento para ver a Mario, pero éste parece encontrarse en otro mundo. Hojea lentamente unas revistas con la boca abierta.

—No te asustes, quiero ser tu amigo —el hombre sonrío y me mira rápidamente; de lejos, el saco y la corbata le ayudan a aparentar seriedad, pero de cerca, hay algo anormal y desagradable en su persona; es ligeramente bizco, tiene el cabello largo y grasoso—. Confía en mí, no te haré hacer nada que te desagrade.

—Regrésemme a donde me recogió.

—Claro. Si no eres lo suficientemente maduro para el trabajo te regresaré, pero no creo que haya ningún problema; supongo que te gustan las mujeres, ¿o no?

El hombre acelera; parece no importarle conducir como loco en plena zona habitacional; Estoy paralizado. Si sufrimos un accidente tal vez pueda huir, pero si no... ¿Adónde vamos con tanta prisa?

—¿Alguna vez has visto desnuda a una muchacha? No creo, ¿verdad? Y nunca has acariciado un cuerpo, ni lo has besado, ni lo has... —el hombre suelta una carcajada, hace un gesto obsceno y agrega—: Mario, pásame una revista para que la vea tu amigo.

Mi compañero escolar obedece de inmediato.

—Delítate un poco con ella. Es una ocupación muy, muy agradable... —La portada lo dice todo—. Vamos. Hojéala. No te va a pasar nada por mirarla.

Abro la publicación con mano temblorosa. He visto en otras ocasiones algunos desnudos, incluso revistas para “adultos” que mis compañeros escondían como grandes tesoros, pero jamás algo como esto... El sentimiento del hombre, degradado hasta el extremo, extiende sus límites en mis manos. Me siento confundido. Toco las fotografías con las yemas de los dedos; son auténticas; estas personas realmente fueron captadas por la cámara haciendo eso... Lo que estoy mirando va más allá de la exhibición de desnudos. Llega a la más grotesca perversidad.

—¿Ya se te puso duro? —pregunta el sujeto.

Separa la mano derecha del volante y la lleva hasta mi entrepierna. Estoy paralizado, sin alcanzar a comprender lo que intenta hacer. Con un ágil movimiento introduce su mano en el pantalón y palpa mis genitales como queriendo corroborar la madurez de su presa. La inspección es rápida y siento una gran repulsión. Retira la mano para sentenciar:

—Necesito fotografías de chicos y chicas de tu edad. El acto sexual, como ves, puede hacerse con una o con varias parejas simultáneamente. Es muy divertido. También realizamos filmaciones. ¿Nunca has pensado en ser actor?

El auto desciende por una hermosa unidad habitacional, rodeada de parques y juegos infantiles. Tardo unos segundos en reconocer el lugar.

—¿Qué te parece esa muchacha?

Miro al frente e identifico a una joven vestida con el uniforme de la escuela. No tengo tiempo de hablar, el auto llega hasta ella y se detiene. Una cara conocida se vuelve con alegría. Se trata, ni más ni menos, de la chica pecosa que hace un par de meses presentó públicamente a la nueva compañera en la ceremonia cívica.

¡Dios mío!, me digo agachando la cabeza. Esto no puede estar pasando. Durante dos meses he vigilado casi a diario a la joven de recién ingreso profundamente conmovido por su estilo y he aquí que, antes de que ella sepa de mi existencia, me encuentro con su mejor amiga en las peores circunstancias.

—Qué tal, linda —dice el tipo llevando ahora la mano derecha a su propia entrepierna para acariciarse por encima del pantalón mientras habla—. Necesitamos tu ayuda; nos perdimos; no conocemos estos rumbos y queremos encontrar una escuela de jóvenes.

—Pues mire, hay una muy cerca.

—No, no. Queremos que nos lleves. Vendemos ciertos productos y posiblemente tú conozcas a alguien que se interese. Si nos acompañas te daré una comisión.

“¿Si nos...?” La chica pecosa se percata de que hay dos personas más en el automóvil.

—¿Por qué no lo llevan ellos?

Cierro rápidamente el ejemplar de la revista, sujeto el portafolios y acciono la manija para abrir la portezuela. Ésta da un golpe seco, pero la puerta no se abre. El tipo se vuelve con la velocidad de una fiera, me mira y sonrío sardónico.

—Está asegurada... Tranquilízate o te irá mal.

La manija ha sido arreglada para que no pueda accionarse

desde el interior. Me siento atrapado. La ventanilla tampoco se abre.

—¿Cómo te llamas?

—Ariadne.

—Tú debes de conocer a varias muchachas y ellos no —comenta el tipo jadeando—. ¿Qué dices? Si nos deleitas con tu compañía unos minutos te regresaré hasta aquí y te daré algo de dinero.

—¿Qué productos venden?

El hombre me quita la revista y se la muestra a la chica, cerciorándose de que no hay nadie cerca.

Mario ha dejado su propio entretenimiento e inclinado hacia adelante sonrío, atento a lo que sucede, pero la vergüenza y la sospecha de saberse cerca de su primera experiencia sexual lo hacen esconderse detrás de la cabeza del conductor.

Ella se ha quedado inmóvil con un gesto de asombro sin tomar la revista. El hombre la hojea frente a ella.

—¿Ya te “calentaste”, pequeña?

Ariadne permanece callada; parece muy asustada, pero paradójicamente no deja de observar las fotografías. El hombre saca una caja de abajo del asiento, vuelve a cerciorarse de que no hay nadie en las proximidades y se la muestra.

—Esto es para cuando estés sola... ¿Lo conocías? Funciona de maravilla. Como el verdadero. Vamos, no te avergüences. Tócalo. Siente su textura...

La chica mira de reojo el pene artificial y luego a mí.

—Ya te sentirás con más confianza —asegura el hombre al tiempo en que continúan sus acaloradas caricias sobre el pantalón—. Tenemos muchas otras cosas cautivantes que te relajarán. Ya lo verás.

En ese instante la joven parece captar el peligro, pero llevada por una idea incomprensible, se presta a seguir el juego. El hombre le hace preguntas sobre su constitución, sus

sensaciones, sus problemas, y ella responde con monosílabos y movimientos de cabeza.

—Está bien —asiente al fin con un viso de suspicacia—, los acompañaré a la escuela, pero con la condición de que me regresen aquí después.

—¿Vives cerca?

—Sí. Por la esquina donde va cruzando aquella muchacha.

—¿Es tu compañera? ¿La conoces? ¡Trae el mismo uniforme que tú!

—Estudia en la misma escuela.

—Llámalas. ¿Crees que querrá acompañarnos?

Me quedo literalmente helado. No puede ser verdad. ¿De qué se trata? Es demasiada desventura. La hermosa estudiante de recién ingreso...

2

¡Te voy a enseñar!

El conductor toca la bocina del automóvil y saca el brazo para hacerle señales a la muchacha, invitándola a aproximarse.

Me tapo la cara con ambas manos.

Recuerdo que hace dos meses, cuando la conocí, el cielo amenazaba tormenta; había centellas y rayos en la ceremonia cívica. Ariadne anunció por micrófono que había llegado una nueva compañera cuyo padre era diplomático y acababa de mudarse a nuestra ciudad. Después comunicó que dicha estudiante pasaría al frente a declamar un poema. A muchos, el asunto nos tenía sin cuidado. Vigilábamos con recelo las